

de los españoles, el tipo femenino de Cádiz no me parece menos hermoso que el tan ponderado de Sevilla. Las mujeres son un poco más altas, más metidas en carnes y más morenas. Algunos conocedores en la materia han creído poder afirmar, yo no sé por qué, que se aproximan bastante al tipo griego. Yo no vi, excepto el talle, más que el tipo andaluz, y éste bastó para arrancarme cada suspiro que hubiera empujado un buque, y para hacerme volver lo más pronto posible á mi vapor, como un lugar de refugio y de paz.

Cuando puse los pies á bordo, ya era de noche. Las estrellas centelleaban en el cielo y el aire nos traía en sus ráfagas los acordes de una música que tocaba en el paseo de Cádiz. Los cantantes dormían; me hallaba solo. La vista de las luces de la ciudad, aquella música y el recuerdo de las hermosas caras que acababa de ver, me pusieron triste; no sabía qué hacer de mí. Bajé á mi camarote, tomé el álbum y empecé la descripción de Cádiz; pero sólo pude escribir una docena de veces las palabras «blanca», «azules», «esplendor». Después dibujé una figura de mujer, y luego cerré los ojos y soñé con Italia.

XI

MALAGA

A la caída de la tarde del día siguiente, el buque atravesaba el estrecho de Gibraltar.

Hoy, cuando miro sobre el mapa este último punto, me parece tan próximo á mi casa, que no dudaría ni un instante, si me diera tal antojo y el balance doméstico me lo permitiera, en hacer la maleta y correr á Génova, para embarcarme é ir á gozar una segunda vez del magnífico golpe de vista de los dos continentes.

Pero entonces me parecía estar tan lejano de mi tierra, que después de haber escrito una carta á mi madre sobre el puente del buque, con intención de darla á alguno de los que se quedaban en Gibraltar, para que la echara al correo, me reí de mi confianza al poner la dirección, cual si hubiera sido imposible que mi carta llegase á su destino.

—Desde aquí—pensaba, yo,—desde las columnas de Hércules!—Y decía eso de las columnas de Hércules, como hubiera podido decir del cabo de Buena Esperanza ó del Japón.

«...Me hallo sobre el «Guadaira»; tengo detrás de mí el Océano y delante el Mediterráneo; á la izquierda Europa, á la derecha Africa. A un lado veo el cabo de Tarifa y al otro las montañas de la costa africana, que se aparecen confusamente como una nube gris. Veo Ceuta, un poco más le-

jos Tánger, como una mancha blanca, y á la proa del buque el peñasco de Gibraltar. La mar se halla tranquila como un lago, y el cielo es de color de rosa y oro. Todo se presenta sereno, bello, magnífico, y siento en mi alma una dulce é inexplicable confusión de grandes ideas, que si pudieran traducirse en palabras, se resumirían en una plegaria llena de dicha, empezada y terminada con tu nombre...

*

El buque se detuvo en el golfo de Algeciras; toda la compañía de cantantes bajó á una gran barca venida de Gibraltar, y se separó agitando abanicos y pañuelos en señal de saludo y despedida. Cuando el barco volvió á moverse, el día declinaba. Pude entonces medir por todos lados, con la mirada, el inmenso peñón de Gibraltar. Me pareció que en pocos minutos le dejaríamos detrás de nosotros; pero le estuvimos viendo durante algunas horas. A medida que nos aproximábamos, se iba engrandeciendo, y á cada instante nos ofrecía un nuevo aspecto; ya nos parecía el perfil de un monstruo descomunal, ya la fábrica de una escalera inmensa, ya un castillo fantástico, ya una masa informe, como de un tremendo aerolito caído de un mundo deshecho en una batalla con otros mundos. Y nos mostraba alternativamente una punta alta como una pirámide de Egipto, un promontorio grande como una montaña, y precipicios, peñascos cortados á pico, largas curvas que se perdían en la línea del sol.

Se hizo noche; el peñasco dibujaba sus sombríos y limpios contornos, destacándolos sobre el cielo iluminado por la luna, como un pedazo de papel negro y recortado sobre una lámina de cristal. Veíanse las ventanas alumbradas de los cuarteles ingleses, las garitas de los centinelas sobre las alturas aéreas, y algunos vagos contornos de árboles que parecían apenas montones de hierba, sobre los peñascos más cercanos.

Durante mucho tiempo pareció que el buque no se movía ó que le seguía el islote, tan cerca se hallaba siempre de nosotros; después empezó á disminuir poco á poco; pero nuestros ojos se cansaron de mirar antes que el escollo hubiese cesado de amenazarnos con sus fantásticas transformaciones. A media noche dirigí mi último saludo á aquel formidable centinela avanzado de Europa, y fuíme á descansar á mi camarote.

*

Desperté al apuntar el día y á pocas millas del puerto de Málaga.

La ciudad de Málaga, vista desde el puerto, presenta un aspecto agradable y majestuoso. A la derecha una alta montaña pedregosa, en cuya cima y pendiente se ven las gigantescas y negras ruinas del castillo de Gibralfaro, famoso por la resistencia desesperada que opusieron los árabes en él encerrados, al ejército de Fernando é Isabel; y al pie de la montaña la catedral, que se eleva majestuosamente por encima de los demás edificios que la rodean y lanza hacia el cielo, como diría un poeta atrevido, dos hermosas torres y un altísimo campanario.

Entre el castillo y la iglesia, ante la montaña y sobre sus lados, una multitud, «una canalla», hablando en el estilo de Víctor Hugo, de viejas casas ahumadas, construídas en desorden unas sobre otras, cual si hubieran sido arrojadas al azar desde lo alto, como guijarros.

A la izquierda de la catedral y á lo largo de la playa, una hilera de casas grises, moradas, amarillentas, con ventanas y puertas rodeadas de una faja blanca, que recuerdan los pueblos de la ribera de Génova. Más allá un círculo de colinas verdes y rojizas, que cierran la ciudad como las murallas de anfiteatro; á derecha é izquierda, al borde del mar, altas montañas, colinas y peñascos hasta perderse de vista. El puerto estaba casi

desierto, la playa tranquila, el cielo puro y sin nubes.

Antes de desembarcar, me despedí del capitán, que debía seguir su viaje hasta Marsella, saludé á los pasajeros, diciendo á todos que llegaría á Valencia el día en que el vapor anclara en aquel puerto y sería otra vez su compañero de viaje hasta Barcelona y Marsella. Dijome el capitán:

—Esperaremos á usted.

Y el criado me ofreció reservarme mi camarote. ¡Cuántas veces me he acordado después, de las últimas palabras de aquellas pobres gentes!

Desembarqué en Málaga con el intento de salir para Granada aquella misma tarde. El interior de la población no ofrece nada de particular. A excepción de la ciudad nueva, que se levanta en el sitio ocupado antes por el mar, y que se halla construída á la moderna, con calles anchas y rectas y casas grandes y unidas, el resto es un laberinto de feos y tortuosas callejuelas y una aglomeración de casas sin color, sin «patios» y sin gracia. Hay algunas plazas espaciosas con jardines y fuentes, algún monumento moderno, mucha inmundicia y poca población. Los alrededores son muy hermosos y el clima más dulce que el de Sevilla.

En Málaga tenía un amigo, á quien fuí á buscar, y pasamos el día juntos. Supe por él una cosa curiosa. Hay en Málaga una academia literaria, con más de ochocientos socios, en la cual se celebran los aniversarios de todos los grandes escritores y donde se dan dos veces á la semana lecturas públicas sobre un asunto de ciencias ó literatura. Aquella noche se debía celebrar en la Academia una fiesta solemne. Algunos meses antes se habían ofrecido tres premios, que consistían en tres flores de oro esmaltadas de diversos colores, para los tres poetas que compusieran la mejor oda al progreso, el mejor romance á la conquista de Málaga y la mejor sátira contra uno de los vicios más comunes de la sociedad moderna. Habíase enviado una «convocatoria» á todos los poetas de

España, las poesías habían llovido como granizo, el jurado las había juzgado en secreto y aquella misma noche debía proclamarse la sentencia.

La ceremonia se celebraba con gran pompa: debía verse honrada con la presencia del obispo, del gobernador, del comandante del puerto, de los cónsules todos con uniforme, y un gran número de señoras con traje de baile. Las tres más bellas musas de la ciudad debían presentarse sobre un estrado adornado con guirnaldas y banderas, abrir cada una el pliego que contenía la poesía premiada y proclamar por tres veces el nombre del autor. Si éste contestaba, debían invitarle á que leyera sus versos y ofrecerle la flor; si no contestaba debían leerlos ellas.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la Academia; se hacían conjeturas sobre los nombres de los vencedores; decían maravillas de las tres poesías y se alababa mucho la decoración de la sala. Esta fiesta poética que llaman «Juegos florales», hacía diez años que no se celebraba.

Juzguen otros si esas luchas y ceremonias ceden en provecho de la poesía y de los poetas. Según mi sentir, por más que encuentro dudosa y fugitiva la gloria literaria que pueda disponer la sentencia de un jurado, el homenaje de un obispo y los plácemes de un gobernador, creo que el placer de recibir una flor de oro de la mano de una mujer hermosa á la vista de quinientas andaluzas, al son de una música suave y entre el perfume de jazmines y rosas, es un placer más vivo y más profundo que el que da la gloria verdadera y durable.—¿No?—¡Vamos! ¡sed sinceros y reconozcámoslo así!

Uno de mis mayores deseos fué gustar un poco del verdadero vino de Málaga, sólo por indemnizarme de los dolores de cabeza y estómago debi-

dos al detestable brebaje que se vende en muchas ciudades de Italia, bajo la recomendación de este nombre. Pero sea que no supe pedirlo, sea que no quisieron comprenderme, lo cierto es que el vino que me dieron en la fonda me quemó las entrañas y me trastornó la cabeza.

Pude, no obstante, ir en línea recta hasta la catedral y desde la catedral al castillo de Gibralfaro y otros puntos, y formarme una idea de la belleza de las mujeres de Málaga, sin verlas dobles ó triples, como pudiera suponer cualquier malicioso.

Mientras íbamos andando, mi amigo me habló del pueblo de Málaga, famoso por su republicanismo y que hacía de las suyas á cada instante. Es un pueblo muy ardiente, pero vario y dócil como todos los pueblos que piensan poco y sienten mucho, y que se mueven más por alientos apasionados que por la fuerza de la convicción. Por una bagatela se reúne una inmensa turba y se levanta en la ciudad un tumulto de todos los demonios; pero casi siempre basta la palabra resuelta de un hombre investido de alguna autoridad, un rasgo de valor ó de elocuencia, para apaciguar y dispersar á la muchedumbre.

El carácter del pueblo es en el fondo bueno, pero el apasionamiento y la superstición le extravían. La superstición, sobre todo, se halla más arraigada en Málaga que en las demás ciudades de Andalucía á causa de la extrema ignorancia. En suma, Málaga es la ciudad de Andalucía menos andaluza que he visto, y aun la misma lengua se habla allí muy bastardeada: hablan peor que en Cádiz, donde ya no se habla bien.

Me hallaba en Málaga todavía, cuando mi imaginación vagaba ya por las calles de Granada y por los jardines de la Alhambra y del Generalife. Pocas horas después del medio día me marché de aquella población, y, á decir verdad, Málaga fué la única ciudad de España que abandoné sin enviarle un suspiro. Cuando salió el tren, en lugar de volverme hacia ella para saludarla, como lo

había hecho con todas sus hermanas, murmuré los versos dirigidos por Giovanni Prati á Granada cuando el duque de Aosta salió para España:

No vive sola Granada
En sus silenciosos muros;
En las piedras de la Alhambra
Resuena el eco de las liras moriscas.

Y al presente, al escribirlos, pienso que la música de la guardia nacional de Turín inspira la paz y la alegría mucho mejor que las liras moriscas y que el pavimento de los pórticos de Pó, mudo también es más unido y compacto que los guijarros de Granada.